

JULIO RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS *IN MEMORIAM*

Siempre me sorprendió cómo, a medida que pasaban los años, se acentuaba el parecido físico de Julio Rodríguez Puértolas (Zaragoza, 1936 - Madrid, 2017) con Benito Pérez Galdós, una de sus grandes pasiones lectoras. Sus rasgos parecían querer converger en la imagen última del escritor canario, al igual que en los agudos comentarios críticos de Julio alentaba siempre y de forma implacable el devenir socio-histórico como un imprescindible arcano sin el cual la literatura no alcanzaba su plenitud interpretativa, como hija que es de las circunstancias y el contexto inmediatos en que se gesta.

Si Isabel Burdiel y Justo Serna condensaron en el volumen *Literatura e historia cultural o Por qué los historiadores deberíamos leer novelas* (1996) la solvente reclamación de que las disciplinas histórica y filológica dialogaran estrechamente como fórmula necesaria para leer el pasado y desentrañar su flujo interno, Julio Rodríguez Puértolas, catedrático de Literatura Española en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), llevó a cabo tal programa a lo largo de décadas de investigación y de docencia marcadas por una infatigable defensa del materialismo histórico como herramienta metodológica para el análisis literario. Como Galdós, maestro de generaciones de escritores que encontraron en su fórmula novelística la máxima expresión del estilo creador de la novela española contemporánea, Julio Rodríguez Puértolas convirtió el binomio Historia y Ficción en un parámetro de estudio indisoluble, si bien la maestría de los personajes, las escenas, las tramas o los parlamentos desataban libremente al brillante degustador literario, orillando la doctrina para saborear plenamente el placer de la lectura.

Conocí a Julio en la Universidad Autónoma de Madrid en la década de 1980, y junto a él me adentré en los márgenes de la literatura y de la historia medieval y decimonónica, primero durante los cursos de la licenciatura de Filología Hispánica, después en los exigentes seminarios de doctorado. En aquellas aulas, Julio despertó mi respeto absoluto como uno de los docentes más rigurosos y motivadores que he conocido en mi trayectoria académica. Así, después de haber aprendido con él los rudimentos para hacer un trabajo de investigación, ya sabía que Julio había ganado en mi debate interno en torno a en qué periodo centrar mi Tesis -en el siglo XV o en el XIX, ambos periodos igualmente convulsos y fascinantes- y bajo qué mirada supervisora.

En una Universidad como la Autónoma de Madrid, salir del ámbito de los estudios del Siglo de Oro, en la que era un referente inexcusable en las décadas de 1980 y de 1990, implicaba una gran dosis de entusiasmo académico. Pero cómo escapar de la fascinación de sus clases, siempre ampliadas en las charlas surgidas al margen de las aulas, cuando la amistad se fue solidificando; unas clases en las que los textos literarios y sus autores dialogaban estrechamente con su época y multiplicaban sus efectos abriendo pasarelas mentales hacia la historia, la política, la antropología o la sociología, para construir ese vasto entramado ideológico en el que el milagro fundador de la palabra dotaba a la Literatura de una capacidad totalizadora para sortear la monocromía de la historia y ofrecer esos colores de la existencia que permiten la aprehensión de las experiencias humanas detenidas en el tiempo. Por eso, alumna de sus clases inspiradoras, rupturistas e iconoclastas, tras escuchar su dictamen de que en definitiva hacer una Tesis Doctoral era ni más ni menos que escribir un artículo de investigación «pero a lo bestia», me embarqué en la pesquisa de Eduardo López Bago y la generación de escritores naturalistas radicales de la década de 1880 como investigación doctoral. Había sido en una clase de Julio sobre *Fortunata y Jacinta* (1886-1887), quien al desgaire había mencionado el escándalo suscitado por la aparición de *La prostituta* (1884), cuando el nombre del protervo López Bago apareció por ver primera ante mí y me llevó de inmediato a la biblioteca del Ateneo de Madrid para buscar otros ecos de un autor que parecía condensar la capacidad de revulsivo socio-cultural que yo buscaba en las Letras. A partir de entonces, y tras la honesta

confesión de Julio de que salvo aquella mención lopezbaguiana no sabía más del personaje, comencé mi trayectoria doctoral tutelada por un profesor que, asociado machaconamente con el marbete de dogmático en la comunidad académica, alentó mi espíritu crítico y respetó profundamente mi autonomía investigadora en la senda de la historia cultural que terminó por marcar mi propia trayectoria profesional.

En la Universidad Autónoma de Madrid, donde empezó a impartir clases desde 1979, Julio Rodríguez Puértolas era un profesor que infundía mucho respeto y curiosidad, como Domingo Induráin, otro excelente maestro desaparecido tempranamente; altos, serios y con una distancia inicial en la que siempre había una ironía algo burlona, ambos eran considerados unos huesos académicos. Alejados ambos del formato de examen convencional, los cursos de Julio se aprobaban a través de ensayos críticos y de trabajos de investigación, previa exposición pública en los cursos de doctorado, y como corolario de su asignatura existía la tradición de la mítica clase sobre vampiros con que clausuraba el año académico. Julio armonizaba los ecos de su formación en la escuela filológica representada por su director de Tesis en la Universidad Complutense de Madrid, Dámaso Alonso -patrón de la estilística-, con los nuevos aires críticos aprehendidos en sus quince años de docencia en el ámbito anglosajón; primero en Inglaterra, después en Estados Unidos. Los años californianos, de los que solía contar interesantes anécdotas, le marcaron especialmente y, como refería con una mezcla de orgullo y de modestia, durante su docencia en la Universidad de La Jolla y en la de California-Los Ángeles (UCLA) llegó a ser el catedrático de español más joven de la costa oeste.

La literatura en manos de Julio Rodríguez Puértolas era el telar de ese *estar haciéndose* de la Historia que mencionaba su admirado Américo Castro; la obra literaria conjugaba en sus manos las mentalidades, aspiraciones y derrotas de sus agentes, desde las grandes masas protagonistas hasta los individuos más inanes, de ahí que encontrara en el inagotable flujo galdosiano su fuente crítica más inspiradora. La Fortunata que se resistía a *entrar por el aro* o el evanescente Máximo Manso y todo la corte de personajes principales y secundarios del Galdós de los *Episodios Nacionales* -con su edición de *Trafalgar* (Cátedra, 1983)- y del resto de su obra, como las fantasmagorías del *El*

caballero encantado (Cátedra, 1977) que rescató del olvidado legado galdosiano. Sus lecturas desentrañaban con sutileza ese espíritu evolutivo del escritor canario que transitó desde el liberalismo progresista hacia un republicanismo antiburgués que tanto enfatizó Julio y con el cual estableció una suerte de hermanamiento ideológico. El humanismo galdosiano, su inagotable confianza en el poder regenerador de la educación y de la justicia como motores de la modernización de España, su canto permanente en pro de la libertad, la piedad constante por las debilidades humanas, así como su reivindicación cervantina del flujo de la Historia como madre de la verdad y émula del tiempo, inspiraron gloriosas clases y seminarios magistrales en la Universidad Autónoma de Madrid.

La celebración del centenario de *Fortunata y Jacinta* (1886-1887) contó con un entusiasta apoyo de la recién creada Comunidad Autónoma de Madrid, que encontró en la pluma de Galdós la aspiración y el pulso inimitable de una ciudad que, como señalaba José María Bueno de Guzmán en *Lo prohibido* (1884-1885), olía a modernidad también por aquellos años. El Centenario aunó a historiadores y a filólogos en la reivindicación del maridaje que el maestro Galdós había enarbolado como enseña autoral desde sus primeros títulos, pero sobre todo a partir de la serie de novelas españolas contemporáneas: Historia y Novela hermanadas en los juegos ficcionales de la musa Clío y en sus muchas variantes -Mariclío, tía Clío, Madre Mariana-, como un programa vertebrador de esa diversidad cultural, lingüística, ideológica, política y religiosa que es España. De 1975 era su *Galdós: burguesía y revolución*, un título contundente como los que gustaba cultivar y que anticipaba su lectura total galdosiana; un libro escrito en sintonía con el inmediatamente posterior *Literatura, historia, alienación* (1976) y con un goteo de estudios y ediciones que jalonaron su currículum académico, como su edición de *Fortunata y Jacinta* en 2005 en la colección que dirigía para el sello Akal. Pero fueron los fastos galdosianos de 1986 y 1987 la pieza clave en la vida profesional de Julio -aragonés instalado desde niño en Madrid-, quien comisarió una excelente exposición en el Palacio de Cristal de El Retiro madrileño. Un año después, aparecía el volumen colectivo *Galdós en el centenario de Fortunata y Jacinta* (1989) que Julio Rodríguez Puértolas coordinó tras la celebración de un congreso

conmemorativo presidido por uno de sus admirados maestros, Joaquín Casaldueiro, cuya chispeante y sabia conversación pude disfrutar en su último domicilio madrileño gracias a la amistad que les unía y, sobre todo, al respeto que le profesaba Julio quien, por encima de las discordancias críticas y de las modas teóricas, siempre demostró una gran lealtad por quienes consideraba sus padres intelectuales.

El catálogo oficial de la exposición mencionada -*Madrid en Galdós y Galdós en Madrid* (1988)-, inaugurado con las palabras preliminares de María Zambrano -autora luminosa de *La España de Galdós* (1960)- sintetizó la propuesta de Rodríguez Puértolas para la revisión de unos estudios decimonónicos que habían sido actualizados desde el otro lado del Atlántico por el impulso impagable de la revista *Anales Galdosianos* (1966) -fundada por Rodolfo Cardona-, la Asociación Internacional de Galdosistas (1984), y los Congresos Internacionales de la Casa-Museo de Pérez Galdós en Las Palmas, celebrados cuatrienalmente desde 1973 en colaboración con el Cabildo Insular de Gran Canaria, a cuya décima edición (2013) asistió Julio por última vez.

El aura de escándalo y polémica, pero sobre todo de expectación, que desató la *Historia social de la literatura española (en castellano)* (1978), escrita en colaboración con Carlos Blanco Aguinaga e Iris M. Zavala en el mítico sello Castalia, contribuyó a remover el debate cultural de la Transición. Como se recuerda en la «Nota a la segunda edición» de 1981: «La crítica desfavorable y antagónica ha sido notoriamente escandalosa». Así, en el diario *El País* se publicaron varias noticias y artículos en la primavera de 1979 en los que se acusaba a los autores de la *Historia social* de «inquisidores, estalinistas, marxistas vulgares, ignorantes y algunas otras cosas más». Con victorioso alarde de notoriedad se afirmaba en la mencionada «Nota» que quizá «no se haya visto tal violencia crítica desde las mutuas agresiones de Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz, o desde los insultos legendarios [...] entre *Azorín* y *Maeztu*». No era nimia la respuesta y de alguna forma respondía gratamente a quienes, como los tres autores, entendían el ejercicio crítico y literario como un necesario combate ético e ideológico.

El manual de la literatura española en castellano se abría con una cita del *Juan de Mairena* (1936) de Machado -otro de sus autores reverenciados- que suponía toda una declaración de intenciones: «La

verdad es que nos faltan ideas generales sobre nuestra literatura. Si las tuviéramos tendríamos también buenos manuales y podríamos, además, prescindir de ellos». La siguiente cita de la Explicación Previa anticipaba, de la mano de Karl Marx, la inextricable conexión entre la producción intelectual y la material respecto de su tiempo histórico que iba a definir cada página de *la Historia social de la literatura española* como una prueba de cargo contra el resto de las corrientes críticas aplicadas a los estudios hispánicos, desde la estilística, al New Criticism; entre tanto, los nombres de Lenin, Marx y Engels se conjugaban con los de Fernando de Rojas, Lope o Bécquer. La intención de crear *otro tipo* de manual atento al contexto socio-político de cada época y la receptividad a las críticas y sugerencias recibidas se hizo presente en la segunda edición, corregida y aumentada, de los tres tomos originales (1981-1984). Simplificaciones, olvidos y mecanicismo crítico aparte, el manual de la *Historia social* -aparecido con estruendo al tiempo que la editorial Crítica se embarcaba en la magna y ya canónica edición de la *Historia y Crítica de la Literatura Española* dirigida por Francisco Rico- recuperaba los ecos de algunas de la páginas brillantes de Julio sobre la literatura medieval, áurea y decimonónica.

Julio Rodríguez Puértolas volvería a repetir una experiencia mediática similar cuando publicó la no menos agitadora *Literatura fascista española* (1986), a la que siguieron los dos volúmenes de la *Historia de la literatura fascista española* (2008) en la editorial Akal, un ensayo sobre «la selva del fascismo literario español» en el que se integraba a todo aquel que desde antes de la sublevación contra la II República y hasta el momento de su edición pusiera su pluma y su pensamiento a favor del franquismo y de la ideología antidemocrática, «con todos los matices que se quiera», puntualizaba el autor. Acogiéndose a la definición del historiador Stanley G. Payne -fascista como término para calificar al sistema de gobierno autoritario, cooperativo y nacionalista-, Rodríguez Puértolas proyectaba una polémica luz sobre autores fallecidos y en activo como un memento destinado a impugnar la conversión de muchos y la ocultación de otros pero, sobre todo, la paulatina incorporación al canon literario contemporáneo de una nutrida gavilla de escritores que a mediados de la década de 1980 los medios de comunicación y algunas editoriales comenzaron a rescatar. Ni que decir

tiene que los ecos de la sonada polémica, que muchos consideraron un ajuste de cuentas, acompañó su aparición y traspasó el ámbito académico hasta llegar a la prensa diaria, mientras continuaba solidificándose su buscada imagen de agitador de conciencias y de interpretaciones, así como su ideal resistente, condensado, por ejemplo, en las Jornadas sobre la Cultura de la República que creó en el Departamento de Filología Española de la Facultad de Filosofía y Letras de la UAM, Jornadas que cumplieron su XV edición en 2017.

Julio fue uno de los lectores más lúcidos y sagaces que he conocido y uno de los profesores más respetuosos a la hora de escuchar (y estimular) la opinión de sus estudiantes; también, el más implacable con lo que consideraba obviedades, prolijidades y comentarios acrílicos. En sus clases, siempre amenas y penetrantes, me inicié en un método de docencia y de investigación de cuyas bondades he sido consciente a medida que pasaban los años. En estos días de memorias, y a raíz del emotivo homenaje celebrado el 15 de diciembre de 2017 en el Círculo de Bellas Artes por amigos y discípulos para recordar a Julio tras su fallecimiento el 20 de septiembre en Madrid, me asaltan al vuelo sus palabras, que nunca dejaban indiferente; afirmaciones como que el humanista era el intelectual orgánico de su tiempo; sus recorridos notables por las crónicas medievales y la poesía de protesta castellana; las brillantes interpretaciones en torno a la fuerza revolucionaria de la pasión, esa fuerza incontrolable que gobierna vidas y destinos, y la insalvable incomunicación de los personajes de *La Celestina* o, cómo no, su fascinación por la pastora Marcela, emblema supremo de la libertad. Pero sobre todo, Galdós. Galdós, la «"dádiva santa" poco agradecida por las gentes de su tiempo», en palabras de Américo Castro, era el eje crítico que articulaba sus reflexiones en sus recorridos literarios, porque permitía, con su férrea ligazón con el legado cervantino, aunar *edades conflictivas* y luchas por la modernidad y la renovación literarias.

Así, en estas vísperas de la celebración de un nuevo Centenario galdosiano (2021), recupero el entusiasmo y el empeño que Julio Rodríguez Puértolas aplicó para reivindicar el legado de Galdós, el detalle y la minuciosidad con que desbrozaba los vericuetos de cualquier texto, siempre con la pregunta suspendida, con el exigente cuestionamiento de las interpretaciones propias o ajenas y con la pasión

PURA FERNÁNDEZ

BBMP, XCIII-XCIV, 2017-2018

inagotable por la literatura. Y lo hago con el recuerdo de su incisiva conversación y su mirada intensa y a menudo burlesca, siempre a la búsqueda avara de la luz madrileña y del sol mediterráneo.

PURA FERNÁNDEZ
INSTITUTO DE LENGUA, LITERATURA Y ANTROPOLOGÍA-CCHS
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS, CSIC,
MADRID